



# Gran Paganini sin yapa

Un enorme acierto fue la más reciente presentación de la Orquesta Sinfónica Nacional, al incluirse un par de obras de reconocido gusto masivo, pero de presencia demasiado esquiva en nuestro medio. El público, que siempre tiene la razón, reaccionó dando una gran bienvenida a este repertorio, repletando las dos funciones ofrecidas en el Teatro del CEAC en la Plaza Baquedano. En el podio estuvo, una vez más, Rodolfo Saglimbeni, director titular de esa agrupación.

La primera fue la Sinfonía N° 5, "De la Reforma", de Felix Mendelssohn, un homenaje musical del compositor (judío-alemán) a la presentación oficial del luteranismo. Este hecho hace que la obra esté flanqueada por lo religioso: una introducción a modo de plegaria donde se escucha el llamado "Amén de Dresden", motivo también muy



Solista y director.

presente en la ópera "Parsifal" de Wagner, y un final con el famoso coral luterano "Ein feste Burg...". La excelente versión comandada por el maestro Saglimbeni fue de contras-

tes, con un comienzo muy suave y místico, opuesto a un posterior desarrollo temático extremadamente sonoro, casi volcánico. El breve y danzarín segundo movimiento dio paso a una nueva sección de sosiego, de mucho vuelo expresivo, para culminar con ese gran final en que ese coral se enseñoreó, abriendo ancho camino a unos potentes vientos sinfónicos.

La otra obra muy bienvenida fue el Concierto N° 2 para violín y orquesta, "La Campanella", de Niccolò Paganini, que tuvo como solista al austríaco Yuri Revich. Compuesto en tiempos de pleno esplendor del bel canto operístico italiano (Rossini-Bellini-Donizetti), este concierto pone en primerísimo plano un desarrollo que le es muy afín, marcadamente melódico, dulce y amable, calidad que el maestro Saglimbeni privilegió en todo momento, acercando el oído

de la audiencia hacia una percepción vocal rossiniana.

Claro está que el Paganini que todos esperan oír aparece pronto haciendo de las suyas con intrincados pasajes que llegan al clímax en el movimiento final. Allí, hasta al más agudo observador le resulta casi imposible conjugar el sonido del violín con el accionar de las manos y dedos del solista. En tal sentido Revich estuvo deslumbrante, tanto con su expresividad de las partes iniciales como por su depurada (y endiablada) técnica en la contagiosa conclusión, plagada de momentos virtuosísticos imposibles.

Ante los atronadores aplausos que premiaron la impresionante interpretación de este concierto se imponía al menos una pieza extra - un capricho para violín sólo del mismo Paganini se veía venir -, pero, al menos en la primera función, ese regalito no llegó.